

Santa Iglesia ha consagrado la palabra «tránsito,» y por lo los Santos Padres la llaman generalmente «sueño, descanso, reposo de María,» Entre el pueblo fiel, aun las personas ignorantes se hallan tan profundamente penetradas de estas ideas, que difícilmente se les puede explicar la realidad de la muerte de María: no la niegan, pero esa palabra les repugna y la rechazan: «sit pro ratione natura:» y se alegran y bendicen á Dios, si oyen decir que la muerte de María no fué «muerte,» sino un desfallecer de amor, un dormir en la tierra para despertar luego en la gloria, un tránsito lleno de venturas inefabiles, para entrar por siempre en el gozo de Dios

Poéticamente el Damasceno dice que la muerte no se revia á tocar, á herir á María. Vencida ya por Jesteristo, celaba en herir á la Madre del Hijo, que triunfó de sus terribles golpes, y la hirió apenas, según los consejos del Altísimo. . . .

La antiquísima tradición, que nos ha conservado el mismo S. Juan Damasceno, dice que solamente Sto. Tomás apóstol no estuvo presente en el acto de morir la Sma. Virgen; pero que llegó en breve y deseó vivamente venerar el cuerpo inanimado de la Madre del Salvador. Y que fueron con él al sepulcro; que habían cesado los cantares angélicos; que, al abrir la tumba, no encontraron en ella el santo cuerpo, sino sólo, exhalando inefabiles perfumes, los lienzos funerarios.

Debieron recordar los apóstoles al ángel que decía: Surrexit, non est hic

Y creyeron, dice el Damasceno, todos los apóstoles que Verbo de Dios, que Jesteristo rey de la gloria, hecho hombre y nacido de la Virgen María y que la conservó Virgen después del parto, la había trasladado incorrupta, del palacio á los cielos, antes de la universal resurrección.

Tenemos desde luego en estas palabras del Damasceno, reson ya de la Iglesia, cómo la Asunción de María en su propio cuerpo y no sólo en su alma, es de tradición apostólica. Sin embargo, esa tradición es latente en los primeros siglos, ni hay testimonio alguno expreso que la manifieste, faltando la voz el de las Santas Escrituras. Diréase, á primera vis-